MUESTRA GRATUITA

Trinacria I
El padrino

Francisco Muñoz Conde

Estas son las primeras páginas del libro. La obra completa está a la venta en Amazon, en las 17 tiendas del mundo.

eBook Kindle · Comprar en Amazon **4,99 €**

Tapa blanda · Comprar en Amazon **10,99 €**

Ficha del libro, precios y otras tiendas:
amicuscertus.es/es/catalogo/trinacria-el-padrino/

AMICUS CERTUS

TRINACRIA

FRANCISCO MUÑOZ CONDE

TRINACRIA

I

El padrino

AMICUS CERTUS

Trinacria I. El padrino

© Francisco Muñoz Conde, 2026
© de esta edición: Amicus Certus, 2026

Editor: José Francisco Adserias Vistué

Cubierta: Francesco Hayez, *I Vespri siciliani* (1846), Galleria Nazionale d'Arte Moderna e Contemporanea, Roma (dominio público).

Primera edición: 2026

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

amicuscertus.es

A Bella

I

PAOLINO

1

Cuando Paolino Linara entraba por la tarde en su estudio legal, situado en un imponente edificio cerca de la Piazza Verdi, parecía un caballero normando tomando posesión de un castillo ganado a los sarracenos. Solo su piel cetrina y su baja estatura delataban en él un origen mediterráneo más cercano a la luminosa y seca Sicilia que a los brumosos y verdes países del centro y norte de Europa.

Hacía muchos años que había aterrizado en Palermo, adonde llegó sin una lira, recién expulsado de un Seminario franciscano por un lío de faldas que, sin duda, frustró la que habría podido ser una carrera eclesiástica. Nunca olvidó, sin embargo, ni echó en saco roto las múltiples y útiles enseñanzas que había recibido de sus profesores. Su fuerte no era precisamente el latín y mucho menos el griego clásico. En realidad, nunca se le habían dado muy bien los idiomas, ni siquiera el italiano, que siempre hablaba impregnado de un fuerte acento siciliano que el paso del tiempo no había conseguido atenuar. Lo suyo era la filosofía, pero una filosofía *sui generis*, mezcla de especulación barata y astucia zorruna, en la que lo único importante era engañar al oponente, distrayendo su atención del verdadero problema y disimulando su absoluta carencia de ideas con argumentos abstrusos que nunca llegaban a una solución concluyente. Más que un verdadero filósofo, o por lo menos un sofista, parecía un jugador

de póquer que siempre jugaba de farol, escondiendo sus verdaderas intenciones tras unas gafas oscuras que, según algunos, se ponía también para que no se le notara un ligero estrabismo que daba a su rostro un aspecto siniestro.

Había aprendido de sus maestros del Seminario una forma de hablar pretenciosa, destinada más a conmover que a convencer. Grandes y huecas palabras, algún que otro toque de sentimentalismo y frecuentes invocaciones a la Divinidad habían sido siempre recursos retóricos de seguro efecto en un auditorio inculto, bastante crédulo y poco dado a escudriñar en los altos misterios que, un siglo tras otro, iban explicando los gurús de una u otra creencia religiosa o ideología política, que venían en barcos desde los más lejanos sitios a apoderarse de lo poco que habían dejado los que les habían precedido.

En este espacio geográfico nació y creció Paolino Linara. Siciliano hasta la médula, reunía los vicios y defectos, y muy pocas de las muchas virtudes que adornan al pueblo siciliano. Con este bagaje, que no es poco, llegó don Paolino Linara, entonces Paolino a secas, a Palermo, la vieja capital de Sicilia. Lo primero que hizo fue convalidar sus estudios eclesiásticos por un buen número de asignaturas de la carrera de Derecho. En poco tiempo alcanzó el grado de *Dottore* con una tesis sobre Derecho administrativo que, entre otras cosas, le sirvió para entrar en contacto con don Croce Ardizzone, gran maestro del Foro palermitano y profesor en la Facultad de Derecho. Y fue de la mano de don Croce como entró Paolino, de forma sigilosa y nada triunfal, en los complicados vericuetos del mundo jurídico y universitario siciliano.

Sus inicios profesionales fueron modestos, como su persona. Había nacido en Messina y de adolescente entró en el Seminario de Catania, donde su madre, joven viuda, lo había metido para ponerse a trabajar y sacar a flote a la otra hija más pequeña, que junto con Paolino era lo único que el buenazo de su marido, Antonio Linara, le había dejado como herencia. En el Seminario, Paolino lo pasó, al principio, muy mal; pero fue acostumbrándose a las privaciones y humillaciones que le hicieron astuto y servil, de carácter reservado e

introvertido, poco dado a las bromas y sin ningún sentido del humor. Justo el hombre que necesitaba don Croce, más que como pasante del despacho o como ayudante de la Facultad, como una especie de criado para todo, que lo mismo podía hacer de chofer que de secretario particular.

Pero Paolino tenía otras metas. Poco a poco, fue ganándose la confianza de don Croce y la de sus clientes; muchos de ellos pobres campesinos, a los que don Croce, más que ocuparse de sus asuntos y asesorarles jurídicamente, prestaba dinero imponiendo elevados intereses. Los otros clientes eran los bancos, a los que don Croce representaba en todos los procedimientos en los que había que ejecutar los préstamos que los pobres campesinos no podían pagar; y los terratenientes acomodados del interior de la isla, muchos de ellos capos de la mafia, que siempre tenían problemas con el fisco o con las autoridades encargadas de perseguir y, en lo posible, condenar sus fechorías y crímenes. Fueron estos sobre todo los que descubrieron la discreción y la eficacia del ayudante de don Croce, al que pronto empezaron a llamar don y a encargarle directamente gestiones que realizaba con discreción, sin que don Croce siquiera se enterara. Y así fue haciéndose un nombre, a la sombra de don Croce, que cada día se hacía más viejo, hasta el punto de no ser capaz de ocuparse del despacho y mucho menos de las clases en la Universidad. Cada vez con mayor frecuencia tenía que ser sustituido en ambas actividades por Paolino, que a la vista de todos se había convertido en el heredero universal de don Croce, soltero y sin hijos.

Había, sin embargo, un pequeño detalle con el que Paolino no contaba y que fue la única condición que don Croce le puso para dejarle el despacho con toda su clientela y quizás también algún día su cátedra en la Universidad. Don Croce tenía en Catania una sobrina, Rosalía, bastante mayor que Paolino, soltera y poco agraciada, de quien las malas lenguas decían que, en realidad, era su hija, fruto de un apenas imaginable pecado de juventud.

—Paolino, hijo —le decía en voz baja y misteriosa mientras tosía y echaba los últimos restos de sus pulmones en los pesados legajos que

tenía encima del escritorio—, algún día mi sobrina Rosalía heredará mi nada desdeñable fortuna. Tú, mi despacho profesional y quizás mi cátedra. No sería mala idea que os conocierais y unierais ambas cosas con el santo matrimonio. Para mí sería una gran satisfacción y un gran consuelo que a mi muerte todo lo que he creado en vida se mantuviera unido y en buenas manos.

—Don Croce, yo siempre haré su voluntad —respondía Paolino, bajando humildemente la cabeza, gesto servil que complacía mucho a don Croce y le confirmaba la incondicionalidad de Paolino.

—Pues no se hable más —decía don Croce frotándose las manos—. Antes de que llegue el verano, nos vamos a Catania, donde tengo que resolver unos asuntos. Allí conocerás a mi sobrina. La boda se puede celebrar inmediatamente o, si queréis más tiempo para pensarlo y conoceros, después del verano.

—Lo que usted diga, don Croce. Yo siempre haré lo que usted diga —respondía Paolino.

Rosalía resultó peor de lo que Paolino había imaginado. Cejijunta, con bigote, nariz ganchuda y ojos negros y pequeños, hundidos, de mirada triste. A diferencia de Paolino, era alta y desgarbada, delgada como una escoba y rasa como una tabla de extender y amasar pizza.

A Paolino, al pensar que tenía que cargar con semejante mochuelo el resto de sus días, se le hizo un nudo en la garganta. Solo el color de la piel, de un blanco cerúleo que contrastaba con la negrura de su pelo y de su atuendo, delataba en Rosalía una mala salud evidente que a Paolino le pareció indicativo de que no iba a durar demasiado. Pero no había otro remedio. La generosa oferta de don Croce estaba claramente condicionada a que cargara con su sobrina. Y ahora comprendía por qué don Croce no tenía precisamente fama de generoso.

No podía echarse atrás. De hacerlo, destruiría en un momento lo que planeaba desde hacía años: tener un buen despacho de abogado, una cátedra y una fortuna que le sirviera de base para alcanzar todo lo soñado desde sus tiempos de seminarista. Su ambición no tenía límites, pero para alcanzar sus metas tenía que hacer sacrificios, y uno de ellos era casarse con una mujer fea, pero rica. Paolino temía

que don Croce no aguantara el verano y aceleró todo lo que pudo los trámites, para no dejar escapar la oportunidad de su vida. La boda se celebró discretamente en la capilla de una iglesia barroca de Catania, en presencia de don Croce y de la hermana de Paolino, una viuda, que llevaba cogida de la mano una niña de pocos años.

Una vez consumado el matrimonio, con más pena que gloria, lo único que preocupaba a Paolino era la edad de Rosalía y las pocas perspectivas de que pudiera quedarse embarazada. Desde luego, Rosalía había cumplido ya los cuarenta años y difícilmente podía realizar sus hasta entonces frustrados deseos de maternidad. Aun así, Paolino no se arredró, y en los primeros meses de matrimonio intentó cumplir con sus obligaciones de marido siquiera una vez por semana, con la esperanza de que ocurriera lo que fisiológicamente era ya casi imposible. El milagro no se realizó, aunque durante algún tiempo Rosalía engordó, mejorando de color y de aspecto, debido a los escasos gozos matrimoniales (ni que decir tiene que Rosalía se había mantenido virgen hasta el día de la boda).

Al poco tiempo murió don Croce, dejando a su sobrina no solo todos sus bienes, sino también la propiedad del piso donde el matrimonio vivía y donde se encontraba el estudio legal que ahora Paolino dirigía. La verdad es que el viejo se fiaba muy poco, con razón, de la sinceridad del amor de Paolino por Rosalía, así que pensó que, dejándoselo todo a ella, Paolino tendría que seguir atado y bien atado hasta el fin de sus días.

Así lo entendió también Rosalía, quien desde el primer momento exigió a Paolino que le diera puntual cuenta de todos los ingresos y gastos que devengaban las múltiples propiedades que le había dejado don Croce: varios inmuebles arrendados en Palermo, una casa estilo Liberty en Mondello, donde don Croce pasaba los veranos, una finca de olivar en Agrigento, un paquete de acciones del Banco de Sicilia, diversas cuentas corrientes, así como el estudio legal del que Rosalía, que no tenía ni idea de Derecho, se consideraba tan dueña como lo fue en su día don Croce.

2

Pero no fue esto lo peor. Lo peor fue que don Croce murió sin dejar preparada la sucesión de su cátedra. El peligro de que esta fuera ocupada por otro era, pues, evidente. Paolino solo podía alegar su fidelidad perruna y las muchas clases que había tenido que dar, cuando don Croce estaba enfermo o tenía que ausentarse por motivos profesionales. Razones más que suficientes para sucederle si don Croce siguiera vivo, pero difícilmente valorables una vez que había muerto.

El primer aviso se lo dio el rector convocándolo un día a su despacho, dándole a entender que las cosas habían cambiado:

—La Universidad de Palermo le agradece mucho la labor que usted ha venido prestando como ayudante de don Croce y como encargado de su cátedra, tanto durante su enfermedad como ahora que ha fallecido. Pero tiene usted que comprender que una cátedra de tanta importancia no puede estar vacante mucho tiempo. Son varios los interesados en que se convoque el correspondiente concurso y yo no puedo dilatarlo por más tiempo. Naturalmente, usted puede también concursar, aunque, para decir la verdad —miró a Paolino despectivamente, carraspeó y siguió hablando—, no creo que tenga muchas posibilidades de obtener la plaza. Mientras tanto, puede seguir ocupando el puesto de don Croce, la Universidad se lo agradece.

La máxima autoridad académica hablaba secamente, y casi sin mirar a Paolino. Al concluir, le indicó con un gesto que podía marcharse.

Paolino comprendió que los profesores más influyentes de la Facultad habían pensado en otro candidato para ocupar la cátedra de don Croce. De pronto, sus planes de combinar despacho y cátedra se venían abajo. Buena parte del éxito que había tenido don Croce en su vida profesional se debía a su hábil utilización de la cátedra, no como vehículo de sus ideas, si es que tenía algunas, sino de un descarado tráfico de influencias. A cambio de los favores que recibía de jueces y magistrados, de políticos y de compañeros del foro, él hacía otros muchos, no solo aprobando a sus hijos y demás recomendados, sino pagándoles buenas sumas de dinero que su clientela

mafiosa le entregaba para ser favorecidos en los asuntos y procesos en los que estaban implicados. Su autoridad y categoría académica y sus buenas relaciones servían de perfecta cobertura a los sobornos y chantajes que a diario cometía. Paolino había aprendido al lado de don Croce lo importante que era combinar cátedra de Derecho y despacho de abogado. En realidad, para don Croce no había diferencias entre una y otra cosa. Lo de menos en la cátedra eran, por supuesto, la investigación y la docencia; lo importante era el prestigio social y las muchas posibilidades de relación que ofrecía. Y Paolino estaba a punto de perder lo que más había envidiado de don Croce. Si le hubieran dado a elegir entre Rosalía con todo su dinero y la cátedra, no lo hubiera dudado un momento, hubiera elegido la cátedra porque sabía que desde ella podía tener asuntos que como simple abogado jamás lograría tener. Desgraciadamente, los acontecimientos se habían precipitado y había que actuar con rapidez.

¿QUIERES SEGUIR LEYENDO?

Trinacria I
El padrino

Francisco Muñoz Conde

Estas son las primeras páginas del libro. La obra completa está a la venta en Amazon, en las 17 tiendas del mundo.

eBook Kindle · Comprar en Amazon **4,99 €**

Tapa blanda · Comprar en Amazon **10,99 €**

Ficha del libro, precios y otras tiendas:
amicuscertus.es/es/catalogo/trinacria-el-padrino/